

gamos a la casa a las seis de la tarde y pensé que todos los escritores de Europa, África y gran parte de Asia a los que *Le Nouvel Observateur* les había pedido lo mismo que a mí, ya habían comenzado a vivir el 30 de abril, mientras que yo tenía aún seis horas para pensar y hacer cosas extraordinarias.

Pero mi jornada no fue otro 16 de junio de 1904, ya que ni siquiera culminó con una gran borrachera, como la de Leopold Bloom. No, a las tres de la mañana hora de Dublín, comencé a trabajar en una escultura de las que llamo "Objetos Magritte" para obedecer al azar, que decidió entre la escultura, la pintura y la escritura, y a las 9 de la mañana hora de Pakistán me metí a la cama a leer: Neruda y, desde luego, uno de los libros más hermosos que lei en mi juventud, *Los alimentos terrestres*, de André Gide.

Cerré los ojos a la hora en que solía yo abrirlos en París: 11 de la noche de Guadalajara, siete de la mañana de la Torre Eiffel. Y pensé: "todavía estoy vivo, y no sé si lo merezco".

No sé, tampoco, cuánta gente murió, asesinada o de hambre en Gorozde, Kigali o la Sierra de Puebla el día 29 de abril. Ni cuánta gente hizo el amor en el mundo, ni a cuántas personas el azar los hizo nacer, casarse, volverse drogadictos o prostituirse ese día. Este mundo es un pañuelo que no alcanza a beber las lágrimas de este valle en que morimos —más que vivimos— víctimas del odio, de la pasión, del sida, de los terremotos y las inundaciones, del fanatismo, la estulticia y la insania, seis mil millones de seres humanos. Pobre gente toda la gente, decía Pessoa. Pobre, sí, y qué privilegiados todos aquellos que podemos, a pesar o gracias quizás a un azar pobre, vulgar, insulso, trivial, vivir un día más, celebrando la belleza inefable del mundo, lamentando su crueldad infinita. En estos casos —que durante tantos días se repiten—, el azar merece un adjetivo más: el de milagroso.

Termino de escribir este artículo el domingo primero de mayo, a las 10 de la noche hora de Transilvania. ❖

#### DE LA CRITERIA AL DIÁLOGO

*En medio de un ambiente sombrío para la vida del país (levantamientos armados, crímenes políticos, secuestros de empresarios, devaluaciones) se reunieron hace unas semanas los líderes de las principales fuerzas políticas de la nación para firmar ante el presidente Ernesto Zedillo lo que se ha denominado los Compromisos para el Acuerdo Político Nacional. Acuerdo que los mismos protagonistas del hecho no dudaron en considerar un reconocimiento de la paz y de la concordia como valores fundamentales para nuestra sociedad. Con la firma de ese compromiso el PRI, el PAN, el PRD y el PT se propusieron iniciar un diálogo nacional para impulsar una reforma electoral definitiva tanto en el dominio federal como en las distintas entidades del país. No faltarán escépticos que objetan lo tardío de la decisión. ¿Se pudo llegar antes a un acuerdo de este tipo? No es fácil saberlo. Sabemos en cambio que ocurrieron varios acontecimientos que pudieron impedirlo: el levantamiento armado en Chiapas, la intransigencia de varios partidos políticos y los asesinatos de Luis Donaldo Colosio y José Francisco Ruiz Massieu. Por ello, y en el espíritu de este acuerdo, conviene no seguir alimentando enconos y divisiones como las que ahora propician la búsqueda de chivos expiatorios para culparlos de la actual situación económica. Esa última actitud, comprensible en los políticos, no lo es en los comentaristas. Todo juicio político que aspire a ser útil debe sustentarse en análisis profundos*

*de la vida económica y política y no reducirse a reclamos, pullas y denuncias. Criticar un modelo económico requiere propuestas positivas y no descalificaciones apresuradas o nostálgicas de otros modelos que ya han fracasado. La economía es una ciencia pero también es un arte y una técnica, como la medicina o la meteorología; por lo tanto, está expuesta no sólo al error sino a la contingencia y al accidente.*

*El simple hecho de la reunión entre representantes de partidos con ideologías y propósitos muchas veces irreconciliables fue, hay que decirlo, un acontecimiento de excepcional importancia. Un acto genuinamente democrático que, si se encamina hacia acciones concretas, puede resultar definitivo para un país muchas veces dividido en asuntos fundamentales. De mantenerse el clima de respeto y de voluntad de diálogo entre los diferentes grupos y partidos este primer acuerdo podría convertirse en el primer paso para la fundación de una nueva cultura política en México.*

*Aunque los firmantes de los Compromisos para el Acuerdo Político Nacional manifestaron su decisión de realizarlo lo más pronto posible, es prudente no esperar resultados inmediatos ni espectaculares. La democracia es el lento aprendizaje de todo un grupo social y no la decisión de unos cuantos. Ninguna negociación, ningún diálogo político es fácil: implica, en primer término, reconocer al otro como interlocutor y, sobre todo, respetar sus diferencias. Tampoco hay*

que esperar que la paulatina consolidación de nuestra incipiente democracia resuelva por sí misma la situación económica y financiera del país. La democracia no es garantía inmediata de la prosperidad económica de un pueblo. La historia reciente cuenta con abundantes ejemplos de regímenes dictatoriales con mejores condiciones económicas que otros de corte democrático. Es deseable el bienestar económico, es cierto, pero no a costa de la libertad.

Entre los muchos puntos que previsiblemente se abordarán a partir de este primer acercamiento, cuatro resultan insoslayables a nuestros ojos: 1) la plena autonomía de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial; 2) la efectiva separación entre el PRI y el gobierno; 3) el perfeccionamiento del sistema electoral de todo el país y 4) la consolidación de los partidos de oposición que los vuelva de veras representativos y portadores de una alternativa política real. Respecto al primer punto, una de las críticas fundamentales que se han hecho se refiere al presidencialismo de nuestro sistema político. Un equilibrio entre los tres poderes de la unión es indispensable para nuestra democracia pero sólo lo alcanzaremos gradualmente, en la medida en que avancemos en el aprendizaje de la vida democrática y seamos capaces de encontrar mecanismos que nos permitan dejar atrás, sin sobresaltos, la carga del presidencialismo. Ese ejercicio del poder sin duda debe cambiar pero de manera paulatina y sobre bases sólidas. En cuanto a la separación entre el PRI y el Gobierno poco se puede decir: o se separa totalmente ese partido o debe desaparecer para no convertirse en obstáculo a la democracia. Con el acuerdo político avalado por el PRI, éste se compromete a asumir su verdadero tamaño pero, aunque así ocurriera, no podemos soslayar que ese partido es una realidad histórica con lamentables inercias pero también con una estructura que, pese a todo logró mantener durante mucho tiempo la gobernabilidad de la nación. En cuanto a la urgente

necesidad de una reforma electoral: mucho se avanzó, sobre todo en los últimos meses, pero todavía se puede hacer más: establecer reglas claras sobre el financiamiento a los partidos, fijar límites a los gastos de campaña, asegurar el acceso de esas agrupaciones a los medios masivos electrónicos y garantizar la autonomía plena de las autoridades electorales. Respecto a la consolidación de los partidos de oposición como alternativas políticas reales, también hay mucho por hacer: requieren principalmente que sus plataformas políticas no sean fruto de la contingencia y la improvisación. Sus propuestas en todos los planos requieren de sistemas críticos eficaces ajenos a la apatía, la resignación y la superficialidad. A los partidos de oposición conviene, y al país en general, que las diferencias entre los ciudadanos se diriman en organizaciones políticas, que las necesidades se articulen a través de partidos y no por medio de las armas, negación de cualquier democracia. Algo más respecto a los partidos de oposición: deben defender sus triunfos electorales con estricto apego a la ley y con las pruebas en la mano y aprender a reconocer, cuando así ocurra, sus derrotas. Saber perder es saber competir.

A la discusión de cómo llevar a cabo esos asuntos deben sumarse las acciones que los hagan posibles. Si esto se logra, con el acuerdo recientemente firmado se habría iniciado la constitución de una República federal democrática. El fantasma de la ingobernabilidad reapareció en el escenario político nacional con el levantamiento armado en Chiapas y su imagen se recrudeció de manera trágica con los asesinatos de Luis Donaldo Colosio y Francisco Ruiz Massieu y con los recientes ajustes económicos. Ojalá que ese compromiso firmado por los principales partidos políticos del país ante el presidente Ernesto Zedillo desvanezca por completo el fantasma que ha anunciado en muchas naciones el desorden, la anarquía y la tentación autoritaria. ■